

H CR

056

R454-sc

sta = = = =

Costarricense

Publicación para el Hogar

Sara Casal Vda. de Quirós, Directora

San José, Costa Rica, A. C.

Año V - Setiembre 15 de 1935 - No. 215

H
056
R454sc
C.R.



Paseo Colón - San José de Costa Rica

La Insulina y el Tratamiento de la Diabetes

Por el Dr. JOHN L. RICE

Por espacio de muchos años se había sabido que el trastorno que impedía a los diabéticos ingerir azúcar y demás substancias feculosas, radicaba en el pancreas. El pancreas es una glándula digestiva muy importante, que se halla detrás del estómago. Las señoras de casa conocen bien esta glándula, es decir, la de ternera, gallina, etc., y que en las carnicerías se conoce por mollejas o lechecillas. Tiempo hubo en que se creía que el pancreas se limitaba a secretar un jugo digestivo, pero, a la larga, se llegó a la conclusión de que la dicha glándula tenía otras funciones, y ello por medio de experimentos. A los perros, a los cuales se les removía el pancreas, se les notaba inmediatamente un desarrollo de la diabetes.

Por fin, y como resultado de paciente labor de rebusca en los laboratorios científicos de diversos países, se obtuvieron datos efectivos acerca de la función de la glándula que nos ocupa. En 1921, Banting y Best, hombres de ciencia de la Universidad de Toronto, lograron extraer de mollejas de animales del rastro local una substancia, a la

que denominaron "insulina". Esta substancia fue empleada en varios experimentos. Se la inyectaron a perros a los que se les había movido el pancreas, lo que daba por resultado prevenir la presencia de azúcar en la orina del perro. Y, mientras tanto se le inyectaba la substancia, el perro sin molleja permanecía en salud normal.

Subsecuentemente, se empleó el tratamiento de insulina, y con éxito, en casos humanos de diabetes. Con el auxilio de la substancia, el paciente podía comer más substancias que antes le estaban vedadas, evitándose así el tratamiento del hambre al que nos referíamos la semana pasada.

Al presente, existe todavía, y desafortunadamente, un enorme volumen de prejuicio popular —mal fundado por cierto— contra el uso de la insulina en los casos de diabetes... La insulina no se puede ingerir bucalmente, porque así el estómago la destruye, no bien se ha ingerido. Por ello, se la aplica por medio de inyecciones hipodérmicas. Es lamentable que entre el público, en general, se piense en términos negativos de esta clase de inyecciones, porque invariablemente se les asocia con las de narcóticos formadores de vicio. Es, por tanto, muy conveniente que se percate uno de que las inyecciones de insulina no son de categorizarse con las otras. Y más: que la única forma de aplicar la insulina es por inyección hipodérmica.

Gracias a la insulina, el diabético puede ahora llevar una vida normal, con toda comodidad, atendiendo a sus ocupaciones y deberes, como cualquier individuo normal.

PENSAMIENTOS

Una larga experiencia da derecho, si no a imponer el propio criterio, por lo menos a ser oído.

Vivir sin tener nada que reprocharse, debe consolar al hombre, pero no envanecerle.

El mejor consejo es el de la experiencia; pero siempre lo recibimos demasiado tarde.



En la triste aridez
Esteriliza el alma cua
Quedó tan dura y po
Que ya no viene a h

Gime el Amor en
Que el corazón, llam
Y ni aún acude a re
El manantial antiguo

Y ¡si al menos, Sei
Nunca hubieran llega
Pero ¿quién es el tris

El rumor de esos
Que como eco de ay
Del hueco de mis alt

DE V
Al umbral de tu p
Vuelvo al amor de
Que el corazón arre
De tu perdón con la

Abriáme ya, que
Al que en su llanto

Es un sol que se c
es un astro que deja
es un viajero que d
y se acuest

Es una flor marc
un árbol seco, un n
un hogar sin abrig
sin fe, sin esperanz

Es una pena que

Haber sido educ
mado en el temor d
taja pata ser buen
nester el esfuerzo

DIRECTORA:
Sara Casal vda. de Quirós
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 15 de Setiembre 1935

Suscripción mensual

— de —
cuatro números:

₡ 1.00

A propósito de la cañería de Puntarenas

Dotar de aguas potables a todos los pueblos de la república es quizá la más importante obra que puede hacerse para bien de la nación. El agua es un elemento indispensable para la vida, si entra al organismo pura, será un factor bienhechor para sus funciones. La salud de los pueblos lo es todo. Nada se hace con magníficas carreteras, con bellos edificios escolares, con majestuosas iglesias, con magníficos climas, si los pobres pueblos envenenan sus cuerpos ingiriendo una agua infecta y destructora de la vida. Las escuelas permanecerán vacías, sus niños anémicos y sin vida no pueden asistir a clases y los pocos que asisten van tristes y sin valor para el estudio porque su organismo está minado por los microbios del agua que consume. Los padres gastan el mísero jornal que ganan en medicinas y doctor para ellos mismos muchas veces y para sus hijos. La mortalidad infantil es desconsoladora a causa de las enfermedades parasitarias y de la anemia que es su consecuencia. El país pierde gran número de brazos que le serían útiles a su mayor edad. Por economía pública, debería dotarse a todos, absolutamente a todos los pueblos de la república de agua potable. Ningún sacrificio que hiciera la nación sería demasiado, cuando de esto se trata.

Muy a menudo se hace alarde de que fueron los iniciadores de hacer tal mejora en un pueblo, como hacer un puente, un camino, un parque, un quiosco, porque todas esas obras son de efecto, se ven, se admiran y las cañerías quedan sepultadas bajo la tierra y no constituyen ningún adorno que se admire y muy pocos son los que se

interesan por una obra tan importante como esta.

Y es por ello que todavía quedan gran número de pueblos consumiendo veneno en lugar de agua.

Cuando visitamos Tierras Morenas trajimos agua a San José para hacerla examinar y resultó ser una agua envenenada de ácidos que producían en todos los niños unos granos tremendos y además anemia. Supusimos que esa agua pasaría por algún terreno volcánico que la envenenaba y la pobre gente ignorante bebía aquella agua lechosa y de sabor horrible. A diez minutos existía un ojo de agua muy bueno, pero sólo lo aprovechaba su dueño. Y así en muchos pueblos se bebe agua horriblemente malsana.

En Potrero Cerrado, pueblo a 25 minutos de Cartago en automóvil y a la orilla de la hermosa carretera que están construyendo para ir al Sanatorio Durán, se bebe una agua podrida y malsana como creemos no hay otra peor en toda la república. Y no se hará jamás su cañería porque aquello es un pueblo relativamente pequeño y a los políticos no les interesa su número de votantes. Este era el preciso momento de hacer esa obra pues se está construyendo la parte de carretera de Potrero Cerrado y sería la obra menos dispendiosa.

Es una agua tan mala que los animales se ven a simple vista y los microbios deben estar en cantidades inimaginables. Nos contaban que una vez un doctor no pudo hacer a una señora una operación delicada porque le dió escrúpulo lavarse con aquella agua.

Es una cañería fácil de hacer, el agua

se trae de la hacienda de Robert y de otra fuente que existe, para que en cantidad suficiente surtiera a Cot también. Y el agua que de Tierra Blanca surte a Cot serviría para el Barrio del Carmen de Cartago que carece de suficiente agua y ese barrio es el foco de la tifoidea. Según informes de persona que sabe por haberse interesado en esa cañería, el costo total de la obra sería de unos veinte mil colones.

El doctor don Solón Núñez nos ha ofrecido interesarse con el actual Ministro de Fomento para la realización de esta cañería. Dios oiga nuestros ruegos, pues ese lugar, con la nueva carretera y buena agua es un lugar ideal de veraneo y de salud.

Nosotros que comprendemos la importancia para la nación de dotar de buena agua a todos los pueblos de la república, aplaudimos de todo corazón la obra realizada para dotar de buena agua a Puntarenas.

Cuando nos dijeron que llevarían el agua de la fuente cercana a San Antonio de Belén, nos pareció una broma, por lo distante, por lo difícil, por lo costoso de la obra y porque jamás nos imaginamos que en Costa Rica hubiera alguien capaz de comprender que una obra tan grandiosa debía hacerse por la salud de todos los habitantes no sólo de Puntarenas, sino también de todos los pueblos que quedan en el trayecto de San Antonio de Belén a Puntarenas.

Cuando se ama a Costa Rica, se aman sus habitantes y se siente una gran satisfacción saber que a los pueblos se les dota de

buena agua, de buenas escuelas, de buenos maestros, de buenas autoridades, de buenas curas apostólicas que se interesan en todo, de buenas iglesias, en fin de todo lo que necesita un pueblo de bueno para que el adelanto se manifieste en todo. No es solo la capital, ni las capitales de provincias las que forman el país, son todos los pueblos de la república.

Muy agradecidos deben estar con el señor Presidente de la República, licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno no sólo los puntarenenses, sino todos los pueblos beneficiados con la nueva cañería y también todos los costarricenses, pues bien sabido es que Puntarenas es el lugar de veraneo y su mala agua era el defecto mayor que tenía, pues generalmente los veraneantes traían enfermedades intestinales a causa de la mala agua.

Hoy día con tan buena agua, Puntarenas será el lugar más encantador de veraneo. Y no dudamos que los puntarenenses se interesarán en arreglar sus servicios sanitarios y facilitar al veraneante la mayor comodidad y aseó en sus hoteles y poco a poco Puntarenas será un lugar sano. No existirán ni moscas ni zancudos.

Puntarenas florecerá, y se convertirá en una lindísima ciudad, pues habrá dinero, los turistas y veraneantes les dejarán buenas ganancias.

Otra de las obras que deben agradecerle a don Ricardo es el lindísimo muelle, puerta abierta para el comercio que le dará pingües ganancias al país.

EL ROMANTICISMO

Un joven poeta me escribe preguntando qué pienso acerca del romanticismo. Es un tema que agita actualmente al mundo literario. Parece que ha llegado la hora de enjuiciarlo.

El movimiento de rebelión literaria iniciado a fines del siglo XVIII y prolongado hasta la mitad del siglo XIX tiene adecuada explicación. Una falsa y estéril imitación de los clásicos griegos y latinos, un consentimiento servil a las famosas reglas de Aristóteles, ha-

bía secado las fuentes de la inspiración y convertido la literatura en un frívolo pasatiempo. Primero los alemanes enarbolando la bandera de Shakespeare; después los franceses, ebrios de libertad; los italianos evocando al Dante, y por fin los españoles a Lope de Vega y Calderón se alzaron contra la tiranía aristotélica y crearon el llamado romanticismo, que tan grandes y bellas obras ha producido. Pero los románticos no se mantuvieron en el

terreno firme de la literatura. Se resolvieron a la vez a escribir románticamente y a vivir románticamente. Este fue su error. Este fue su pecado. Este fue su gracia. El chaleco rojo y los pantalones de colores, los disfraces orientales y los hábitos inocentes sin trascendencia, la vida peligrosa la tenía el llanto y el dolor, la vida. La piel humana que el papel. Los antiguos están en la virtud. Los modernos en la virtud es la felicidad, más significados entre ellos. Espronceda, Larra, Galdós y así vivieron. Y la vida internacional de su tiempo no tiene sabor sin fuerzadamente las emociones siempre a expensas de la vida ajena. Una señora joven de la conducta ligera

—¿Quiere usted decirme que la vida de un poeta es tan atractivo porque carece de emoción?

—Pues usted, señor, ¿no le gustan algunas si se le antojan?

—Lo sé, pero no me gusta el peto a mí misma.

—Y porque le gusta el peto a mí misma.

Sonrió avergonzada.

—Eso es, porque las emociones, el dolor y cuánta muerte dieron los románticos dentro de nuestro período y familiar nos amarrados, respetos, pequeños

Doña Ju

EL

acaba de recibir setas de Jersey, pie - Filoseo

Nueva Jardiner

Toda Clase de Trab

terreno firme de la literatura, sino que llevaron la resolución a la vida misma. No les bastaba escribir románticamente; quisieron vivir románticamente. Este fue su error y su desgracia. El chaleco rojo de Teófilo Guatier, los disfraces orientales y las melenas eran caprichos inocentes sin trascendencia, pero grave y peligrosa la tenía el llevar el romanticismo a la vida. La piel humana es más susceptible que el papel. Los antiguos decían: la felicidad está en la virtud. Los románticos dijeron: la virtud es la felicidad, esto es, el placer. Los más significados entre ellos, lord Byron, Musset, Espronceda, Larra, *Jorge Sand*, así pensaron y así vivieron. Y detrás de ellos la turba internacional de sus imitadores. La vida no tiene sabor sin fuertes emociones. Desgraciadamente las emociones se producen casi siempre a expensas de la propia sangre o de la ajena. Una señora joven y hermosa se quejaba de la conducta ligera de su marido.

—¿Quiere usted creer que ha llegado a decirme que la vida del hogar no tiene para él atractivo porque carece de emociones?

—Pues usted, señora, puede proporcionarle algunas si se le antoja.

—Lo sé, pero no lo haré porque me respeto a mí misma.

—Y porque le quiere usted.

Sonrió avergonzada.

—Eso es, porque le quiero.

Las emociones. ¡Cuánta ruina han ocasionado y cuánta muerte prematura! No entendieron los románticos que sólo somos libres dentro de nuestro pensamiento. La vida social y familiar nos amarra ciertamente, a costumbres, respetos, pequeñeces, donde no entra para

nada la poesía. Pero entra algo más alto. Para el hombre magnánimo la vida es un símbolo. Lo más pequeño es sagrado si son sagradas nuestras manos. Cuando ayudamos a un pobre ciego a pasar de una acera a otra, cuando entramos en una panadería a comprar una libreta para un niño hambriento que nos espera en la calle, no hacemos poesía. ¡Quién sabe si también la haremos!

No existimos para el placer: tenemos otro fin más alto. Grave error es suponer que la vida del hogar estricta y fiel es incompatible con la inspiración poética. Virgilio y Horacio, Petrarca Leopardi, Goethe, Schiller, Milton, Tenyson y, entre nosotros, Garcilaso y Jorge Manrique, no han necesitado llevar una vida disipada y licenciosa para escribir poemas inmortales. En la frente del poeta resplandece la tranquilidad y en sus ojos la inspiración, aunque sus manos desciendan a ejecutar viles tareas. No le agita el anhelo de goces materiales, porque su mente le proporciona otros más exquisitos; no le turban las pequeñeces de la vida ordinaria, porque sabe cerrar las puertas. Cuando el mar está irritado, el poeta nada hacia en la isla afortunada, donde halla reposo. El genio puede cohabitar con las humildes necesidades de la vida, con las camisas de franela y las sopas de ajo.

Los dos casos más sorprendentes del contraste entre la vida temporal y la espiritual que registra la historia de la literatura, los ofrece Shakespeare y Santa Teresa de Jesús. Aquel hombre, que llevaba en su cabeza un mundo inagotable de poesía, el mayor poeta que ha tenido la humanidad, ha sido en la vida ordinaria un prosaico burgués, un hom-

Doña Julia M. Vda. de Woodbridge

EN

EL CHIC DE PARIS

acaba de recibir Punto Ocre para ropa interior - Calzoncitos y Camisetas de Jersey, en hilo y seda - B B D para niños - Pijamas con pie - Filosedas en madejas y ovillos y lanas desde ₡ 0.15 madeja.

Nueva Jardinería LA GARDENIA - Julia M. v. de Woodbridge

Toda Clase de Trabajos Florales

SAN JOSE

Teléfono 3493

bre singularmente práctico. Obligado por la necesidad a trasladarse a Londres, vivía en la Corte sin gusto, como de prestado, con la vista fija e su pueblo natal. A él venía todos los años cargado con sus ahorros para redondear sus dominios, pagaba las deudas de su padre, compraba fincas rústicas, edificaba una casa, vendía la piedra que le sobraba al Municipio, colocaba dinero a réditos, perseguía judicialmente a sus deudores cuando no le pagaban los intereses y casaba a su hija mayor con un médico. Y cuando se encuentra bastante rico se retira definitivamente, a los cuarenta y cuatro años de edad, en plena gloria literaria, halagado por los más altos magnates de la Corte y por la misma Reina Isabel. Este maravilloso poeta, que no se ha preocupado de reunir sus obras ni de imprimirlas, cuida en su

testamento con prolija minuciosidad de la distribución de sus bienes.

Santa Teresa, la sublime mujer que vivía en las cimas más altas del espíritu, que volaba a las azuladas crestas donde se comunicaba con el Altísimo, era una alegre monjita que tenía la manía de la limpieza. Barría sin descanso, limpiaba, lavaba, guisaba, fregaba los suelos; por todo lo cual fue llamada la santa de la escoba. Friendo pescado para la Comunidad, componía un capítulo de su *castillo interior*

Cuantos escribimos para el público debemos tener presente el ejemplo de estas dos grandes figuras; los pies en el suelo y los ojos en el cielo.

Armando Palacio Valdés

(De "El Heraldo Seráfico").

Norma suprema

Dos caminos tiene la vida: uno recto, amplio y luminoso: la Sinceridad.

Por ese camino el hombre llegará a puerto seguro, salvará obstáculos y opondrá abismos y levantará vallados para erigir su torre, inaccesible a toda pequeñez humana.

Sobre su torre, como un divino fanal, brillará, suprema, su sinceridad.

El otro camino, el antitético, es tortuoso: encrucijadas y recodos tiene que a la postre le inmovilizan el paso. Ese camino es la mentira, y en sus recodos asecha la hipocresía.

Por ese camino el hombre jamás escalará ninguna cima.

La sinceridad resplandece en el humano espíritu como virtud suprema generadora de las demás. Ella es síntesis de honradez, pureza, valentía, moralidad e hidalguía. todo humano prejuicio;

Ser sincero es ser grande; es estar sobre todo humano prejuicio; más allá del medio, de la fragilidad y la estulticia humanas.

Prestigio singular es el de aquel que puede ser sincero a toda hora.

Sincero es el que va contra todas las falsas normas, con que la sociedad humana pre-

tende encauzar el espíritu en una moral que es solamente el velo detrás del que se oculta su miseria espiritual, y su hipocresía vestida con falsos deslumbramientos.

La clave de la Vida está en la Sinceridad.

No basta ser inteligente, ilustrado, artista o virtuoso. Hay que ser sincero para completar cada uno de estos méritos naturales o adquiridos.

El mejor canto es el que nace del alma, porque en ella radica la Sinceridad, y todo lo que nos sale del alma es sincero.

Acallar la voz de nuestro espíritu, por egoísmo o por cobardía, es colocarnos por debajo de nosotros mismos.

Sólo el acento sincero es el que prevalece en el ánimo de los demás, y el que hace fructificar las ideas más generosas.

El hombre sincero es una especie de sembrador que baja de lo alto con la tea de la Verdad en la mano, a arrojar la semilla de un concepto fructificador en el surco de cieno donde la humanidad se arrastra.

Si el odio de los hipócritas y de los egoístas se levanta alguna vez ante él, es con la ceguera de las aves noctámbulas, cuyas pupilas no resisten la claridad del sol.

El sembrador pasa
mente, con la tea le
de los cobardes y los
herirle.

La suprema norm
la Sinceridad.

La C

Varias veces se
de la conversión de L
él mismo. Es tan her
piarla una vez más:

"Mi educación e
sido la peor del mund
la verdad, sino que ter
ración al error. Cuan
salí pretrechado de
y contra la Iglesia c
mo un verdadero hijo
ro ciudadano del bar
padísimo en mis me
mis diversiones y a la
que aquellos me deja
Dios que encontrase u
jer, donde yo no bus
lento y dinero. Educ
rante como yo, mi
Tenía el sentimiento.

Este se desarroll
cido el primer niño,
mino. Cuando pienso
razón un sentimiento
del cual me parece
blando, y que nunca
no pensaba en ello.
como yo, creo que n
hacer bautizar a mis
los primeros hicieron
sin que yo lo advirt
que gobernase este
completamente a el
berlo, por el contact
tía y no veía.

Vino el más p
de un genio salvaje,
si bien le quería tan
sentía dispuesto a u

El sembrador pasará sobre ellos, triunfalmente, con la tea levantada, porque el golpe de los cobardes y los perversos nunca podrá herirle.

La suprema norma de la Vida, debe ser la Sinceridad.

Cultiva la Sinceridad como un dón que ha descendido de lo alto a servir de base a tu espíritu, para elevarte sobre el humano lodo.

La clave de la vida está en la Sinceridad.

Antonio Ochoa Alcántara

La Conversión de Luis Veuillot

Varias veces se ha transcrito el episodio de la conversión de Luis Veuillot narrada por él mismo. Es tan hermosa, que queremos copiarla una vez más:

"Mi educación en cuanto a religión ha sido la peor del mundo, pues no sólo ignoraba la verdad, sino que tenía gusto, respeto y veneración al error. Cuando concluí mis estudios, salí pretrechado de argumentos contra Dios y contra la Iglesia católica. Después viví como un verdadero hijo de París, como verdadero ciudadano del barrio de Montmartre, ocupadísimo en mis negocios, y consagrando a mis diversiones y a la política todo el tiempo que aquellos me dejaban. Me casé. Permitió Dios que encontrase una buena y honrada mujer, donde yo no busqué más que belleza, talento y dinero. Educada como yo, tan ignorante como yo, mi mujer era mucho mejor. Tenía el sentimiento religioso.

Este se desarrolló cuando fue madre: nacido el primer niño, entró de lleno en el camino. Cuando pienso en esto, siento en el corazón un sentimiento de gratitud hacia Dios del cual me parece que estaría siempre hablando, y que nunca sabría expresar; entonces no pensaba en ello. Si mi mujer hubiera sido como yo, creo que ni se me hubiera ocurrido hacer bautizar a mis hijos. Crecieron los niños: los primeros hicieron su primera Comunión sin que yo lo advirtiera. Dejaba a la madre que gobernase este pequeño mundo, confiado completamente a ella y modificado, sin saberlo, por el contacto de sus virtudes, que sentía y no veía.

Vino el más pequeño, este pobrecito era de un genio salvaje, sin grandes facultades y si bien le quería tanto como a los demás, me sentía dispuesto a usar con él de más severi-

dad. La madre me decía: "ten un poco de paciencia, cambiará al tiempo de la primera Comunión". Muy inverosímil parecía este cambio a hora fija. Sin embargo, empezó el niño a asistir a la primera explicación de la doctrina cristiana, preparatoria para aquel acto, y le ví en efecto, mejorar muy sensible y rápidamente, y paré en ello la atención. Veía en su espíritu desarrollarse, luchar a aquel pequeño corazón, suavizarse su carácter y empezar a ser dócil, respetuoso y afectuoso. Admiraba este cambio que la razón obra en los hombres, y el niño a quien no amaba empezaba a ser el más querido.

Al mismo tiempo, esta maravilla me inspiraba serias reflexiones, me puse a oírle la doctrina: al escucharla, recordaba mis cursos de filosofía y moral y comparando esta enseñanza con la conducta que yo había observado, no pude menos de lamentar en el fondo de mi corazón mis pasados extravíos. El problema del bien y del mal, que siempre había evitado profundizar, por imposibilidad de resolverlo, se me ofrecía con una luz terrible.

Empecé a preguntar al niño: me daba respuestas que me admiraban. Conocía que las objeciones hubieran sido vergonzosas y culpables. Mi mujer observaba y callaba: pero yo veía su asiduidad en la oración: pasaba las noches sin poder conciliar el sueño; comparaba estas dos inocencias con mi vida, estos dos amores con el mío, y decía: mi mujer y mi hijo aman en mí algo que no he amado en ellos ni en mí mismo, y este algo es el alma".

Llegó la semana de la primera Comunión. No era sólo afección lo que el niño me inspiraba; era un sentimiento que no podía explicarme, que parecía extraño, casi humillante, y que se traducía a veces en una especie de irri-

tación: causaba respeto, me dominaba.

Temía manifestar en su presencia ciertas ideas producidas en mi espíritu por el estado de lucha en que me encontraba: no hubiera querido que se hubiese atrevido a cambiarlas ni que hicieran impresión sobre él. Sólo faltaban cinco o seis días.

Una mañana, después de haber oído misa, el niño vino a buscarme en mi gabinete, en que estaba solo.

—Papá, me dijo: el día de mi primera Comunión no subiré al altar sin haberle pedido antes perdón por todas las faltas que he cometido y por todos los pesares que le he causado, y usted recordará todo lo que le ha hecho de malo para reprobármelo, y no volverlo a hacer, para que usted me perdone.

—Hijo mío, respondí, un padre perdona todo aun al niño que no es bueno: pero me es grato poderte decir que en este momento nada tengo que perdonarte; estoy contento contigo. Sigue trabajando, ama siempre a Dios, sé fiel a tus deberes, y tu madre y yo seremos muy felices.

—¡Oh, papá! el buen Dios que tanto os ama me sostendrá como se lo pido, para ser vuestro consuelo. Rogad por mí, papá.

—Sí, querido hijo mío.

—Me miró, húmedos los ojos, y se echó a mi cuello; yo mismo estaba enternecido.

¡Papá!... continuó.

—¿Qué hijo mío?

—Papá, tengo una cosa que pedir a usted.

Ya veía yo que quería pedirme algo y lo que él quería pedirme lo sabía yo ya... ¿deberé confesarlo? me asustaba. Tuve la cobardía de querer aprovecharme de su perplejidad.

—Mira, véte: tengo unos negocios en

este momento; esta noche o mañana me dirás lo que deseas, y si a tu madre le parece bien yo te lo daré.

El pobre niño, todo confuso, falto de valor, después de haberme abrazado, se retiró desconcertado a una pieza donde se acostaba, entre mi gabinete y el cuarto de su madre. Estaba arrepentido del disgusto que le había dado, sobre todo del sentimiento a que yo había obedecido. Seguí de puntillas a este hijo querido, a fin de consolarle con alguna caricia, y le observé muy afligido. La puerta del cuarto estaba entreabierta. Miré sin hacer ruido. Estaba de rodillas delante de una imagen de la Santísima Virgen, y oraba con todo su corazón. ¡Ah! ¡Os aseguro que en este día comprendí el efecto que puede hacer en nosotros la aparición de un ángel!

Volví a mi despacho, la cabeza entre las manos y a punto de llorar. Así permanecí algunos instantes. Cuando levanté los ojos, mi pequeñuelo estaba delante de mí con un semblante lleno de ternura, resolución y amor.

—Papá, me dijo; lo que yo tengo que pedir a usted no puede dilatarse, y mamá lo encontrará bueno, y es que el día de mi primera Comunión venga usted y mamá conmigo. No rehuse, papá. Hágalo por Dios que tanto le ama.

No pensé siquiera en replicar contra el gran Dios que se dignaba llamarme derramando lágrimas a aquel hijo contra mi corazón.

—Sí, sí, le dije: sí, hijo mío, lo haré. Cuando quieras, hoy mismo, me tomarás de la mano, me llevarás a los pies de tu confesor, y le dirás:

"Ved aquí a mi padre".

Luis Veillot

EL ANARQUISMO

Aspira a ser partido, y su doctrina es el odio, la fiebre y el espanto; pretende redimiros, y entre tanto lo puede realizar, nos asesina.

El rayo que su cólera fulmina lleva al tranquilo hogar miseria y llanto, y de la augusta libertad el manto en sangre tiñe con traición dañina.

Antes que verlo profanado y roto por turbas parricidas y groseras que navegan sin rumbo y sin piloto, antes ¡oh Patria! que a sus manos mueras, yo, liberal como el primero voto contra la libertad de las panteras.

Manuel del Palacio

fermas: como las e
deben sonreír cons
se escuentran bien,
friendo un martirio

—Exageras mu
toy mala; pero te
mente, voy a ausen

—¿Qué dices?

—Sí, sí; pero r
no sabe aún nada
tes que Beata ant
flotaba en sus labi
te has encontrado

—No —contes

—Creo que q

hasta un sencillo
erizado de obstácu
bre de que emplea
no. Cuando anda,
toda clase de pen
sienta, toma notas
igual el objeto d
tiempo.

—No encontrar
ta con timidez.—
Lobstedt.

—¿A la estació
so se va de viaje?

—No: ha ido a
cla y a su hija. ¿N
nen a pasar un me

—Lo ignoraba
el acento abatido
tado ya.

—Creía haber

Claudina no co
zo tan profundo q
mimiento del pequ
mantes que estaba
contemplaba la ve
volvía a su casa
desatendidos por
le hormigueaban e
saba también en l
errante por los c

LA CALUMNIADA

NOVELA

(Continuación)

fermas: como las **ecuyeres** y las **chanteuses**, deben sonreír constantemente y decir que se encuentran bien, aun cuando estén sufriendo un martirio.

—Exageras mucho, Beata: no, no estoy mala; pero te advierto que, probablemente, voy a ausentarme por algún tiempo.

—¿Qué dices?

—Sí, sí; pero no lo digas a nadie. Juan no sabe aún nada de este proyecto —y antes que Beata anunciase la pregunta que flotaba en sus labios, añadió: —¿Pero no te has encontrado con mi hermano?

—No —contestó Beata en voz baja.

—Creo que quería visitar a Lotario: hasta un sencillo paseo le parece siempre erizado de obstáculos. Tengo la certidumbre de que empleará tres horas en el camino. Cuando anda, acuden a su imaginación toda clase de pensamientos, y entonces se sienta, toma notas en su carnet y olvida por igual el objeto que lleva y el curso del tiempo.

—No encontrará a Lotario—dijo Beata con timidez.— Mi hermano ha ido a Lobstedt.

—¿A la estación del ferrocarril? ¿Acaso se va de viaje?

—No: ha ido a recibir a la princesa Tecla y a su hija. ¿No lo sabes? Las dos vienen a pasar un mes en casa junto a la niña.

—Lo ignoraba —contestó Claudina con el acento abatido que su prima había notado ya.

—Creía haberte hablado de ello.

Claudina no contestó. El silencio se hizo tan profundo que se oía el sordo movimiento del pequeño reloj esmaltado de diamantes que estaba sobre el pupitre. Beata contemplaba la ventana: de buena gana se volvería a su casa. Sus deberes de ama, desatendidos por ella en aquel momento... le hormigueaban en el cerebro. Luego pensaba también en la imagen de un hombre errante por los corredores del castillo de

Maisonneuve, leyendo en la puerta de sus habitaciones la inscripción de **Se prohíbe la entrada al público**. Ella veía a aquel hombre mover extrañado la cabeza y regresar lentamente... No faltaba más sino que abandonara el castillo por aquella humorada. Quizá no volviera ya a él nunca.

Se levantó de pronto.

—Dispénsame, querida Claudina, pero es preciso que te deje de una manera algo brusca... Ya sabes que tengo muchas ocupaciones, y...

La mentira murió en sus labios. Se puso encarnada y se turbó...

—Hasta otra vista, mi querida Claudina.

—Adiós Beata.

—En el nombre del cielo, dime lo que tienes —exclamó Beata al observar la palidez de su prima y la lentitud de sus movimientos.— ¿No te encuentras bien?

—Oh, sí, sí... —repuso la joven cuya palidez desapareció al influjo de una oleada de sangre que subió hasta sus mejillas.— Me encuentro perfectamente bien. Vete, vete... a donde tus ocupaciones te llaman. Vete: te acompañaré hasta el jardín. Es natural que aún tengas muchos preparativos que hacer, y si encuentras a Juan, dile que se marche de allí enseguida, antes de que lleguen esas señoras. ¡Es tan... singular!

—Para nada necesita verlas —murmuró Beata.— Me he reservado mi departamento.

—¡Ah!... Es que tú no conoces a la princesa Elena —dijo Claudina con acento amargo.

—Es verdad —dijo Beata, bajando la escalera detrás de su prima:— explícame algo de ella: a Lotario no puedo sacarle una palabra de nada.

—Yo... Beata, yo temo no ser imparcial al juzgarla: ella no me ha podido ver nunca con buenos ojos, según creo, y ha estado esquiva conmigo. Reduce a la

condición de esclavos a aquellos a quienes quiere agradar: es un diablillo; es maliciosa, brillante, llena de verbo y de atracción, irresistible sin ser bonita. — Claudina se detuvo un instante, y prosiguió:— Sí, sí; tiene un gran encanto, y... hasta que nos volvamos a ver, Beata.

—Cualquiera diría que vas a llorar, Claudina: tienes los ojos tan brillantes...

—No lo creas...

—Hasta otro día, prima mía, y ve preparando tus trajes. Lotario quiere dar una fiesta, estoy segura de que tú eclipsarás hasta a esa princesa tan llena de encantos, y además me darás algunos consejos. Soy tan ignorante y torpe en cuestiones de etiqueta, que, francamente, no sé por donde ando.

Se separaron y Claudina regresó a su estancia. Experimentaba la misma impresión que si la hubieran precipitado súbitamente desde una gran altura. Se había extinguido toda claridad, se había retirado todo calor del universo. Sabía, ¡ay!, y lo sabía demasiado bien, el motivo por el cual la princesa Tecla llevaba a su hija al castillo de Maisonneuve.

—¡Perdido —dijo,— perdido para siempre!... ¿Pero se puede perder lo que solamente se ha poseído durante un sueño insensato?

No estaba más sola que poco tiempo antes, y, sin embargo, desde la víspera había echado raíces en su corazón una esperanza y en un instante lo había llenado completamente. Sin saber cómo, había ido agrupando pensamientos dulces por efecto del paseo nocturno de que había sido testigo invisible. La esperanza y la duda la habían agitado gran parte de la noche, y cuando despertó, después de un corto sueño, volvió a encontrar intacta la imagen del que había visto inmóvil la noche última en frente de su casa.

¡Qué insensatez! El no se había detenido allí para contemplar su ventana... Había ido a cerciorarse del momento de su vuelta, y a asegurarse de que ella no se había quedado en Altenstein.

La atribulada muchacha, dejó caer los brazos con abatimiento y miró hacia fuera.

A través de las lágrimas que velaban sus pupilas vió de repente ante la verja la librea roja de los lacayos de la corte, y la señorita Lindenmeyer se precipitó en su habitación.

—¡Señorita... señorita!... ¡Sus Altezas!

Claudina se dirigió vacilante hacia su espejo. Se puso el sombrero de paja blanca, cogió maquinalmente la sombrilla de seda azul que le presentó la señorita Lindenmeyer, y bajó. Apenas si se percató de que el duque en persona, sentado en el pescante, guiaba un pequeño carruaje de dos asientos: se inclinó maquinalmente ante la duquesa, cuyo rostro parecía radiante.

—¡Oh! Gracias, gracias mi querida Claudina —dijo con alguna opresión de voz.— ¿Cómo no encontrarme buena y satisfecha? Este sol hermoso, este suave olor de los pinos, el duque guiando y usted al lado mío, es más de lo que necesito para sentirme dichosa.

El paseo a través de la selva fue largo. Detuviéronse ante un molino solitario cerca de un arroyo bullidor, y la duquesa recibió de manos de la molinera, turbada por aquel honor, un vaso de leche fresca que ello le había pedido. En tanto que lo bebía a pequeños sorbos, el duque había entregado las riendas al lacayo, y hablaba apoyado en la portezuela. Preguntó con interés al molinero, que había acudido con su mujer, y le habló de sus negocios: se hizo presentar los tres hijos del molinero, cuyas edades coincidían con las de los suyos, y la duquesa, pasándoles la mano por sus cabelleras tostadas por el sol, les obsequió con unas cuantas monedas. Luego se dió la vuelta, dirigiéndose hacia el castillo de Altenstein. Con el sol poniente se había levantado un poco de fresco.

La duquesa hablaba animadamente con Claudina, quien se esforzaba en reunir sus extraviados pensamientos para contestarla.

—Hay huéspedes en Maisonneuve —dijo de pronto la duquesa.— veo flotar allí nuestro pabellón.

—Esperan a Su Alteza Tecla —dijo Claudina.

—¿Y Elena?

—También ha de ir.

—Entonces, ¡tendrán

nos de nuestra hermosura.

El coche se acercaba

que rodea el parque de

ludó amistosamente,

mientras la duquesa ha

tuosos a las dos damas

ellos frente al barón L

bo de fijarse bien a pe

da burlona y sorpren

Elena, vestida con un

viaje, dejaba caer sob

que la princesa Tecla,

se profundamente ante

gía a ella una mirada

lo que respecta a Lo

berla visto. Minutos d

habían separado y

opuestas.

—El castillo de Ma

todos los honores a la

ñora —dijo el duque

interior del carruaje y

inquisitiva en el pálido

—¿Lo crees así,

tó con interés la duqu

gustaría mucho: serí

para la pobre huerfan

El duque no cont

ba con sus manos el

Hizo esfuerzos para

ción. ¿Sospechaba e

que ella amaba?...

ruborizó y he ahí qu

mirada del duque se

—Es una jovenci

—dijo la duquesa re

suceso al cual se ha

¡Quiera Dios que ell

la felicidad! Dicho s

vida Claudina, creo

la inclinación de Ge

Tecla acogerá favor

—También lo cu

dina, que se calló a

bronco acento de su

hasta en la médula,

—¿Y Elena?

—También ha de llegar con ella.

—Entonces, tendremos que despedirnos de nuestra hermosa soledad.

El coche se acercaba al elevado muro que rodea el parque de Maisonneuve, y se cruzó con dos landós lujosos. El duque saludó amistosamente, inclinando su fusta, mientras la duquesa hacía ademanes afectuosos a las dos damas sentadas en uno de ellos frente al barón Lotario. Claudina hubo de fijarse bien a pesar suyo en la mirada burlona y sorprendida que la princesa Elena, vestida con un elegante abrigo de viaje, dejaba caer sobre ella. Vió también que la princesa Tecla, después de inclinarse profundamente ante la duquesa, le dirigía a ella una mirada fría y desdeñosa. Por lo que respecta a Lotario, parecía no haberla visto. Minutos después, los coches se habían separado y seguían direcciones opuestas.

—El castillo de Maisonneuve recibe con todos los honores a la que ha de ser su señora —dijo el duque volviéndose hacia el interior del carruaje y fijando una mirada inquisitiva en el pálido rostro de Claudina.

—¿Lo crees así, Adalberto? —preguntó con interés la duquesa.— ¡Oh! A mí me gustaría mucho: sería una gran felicidad para la pobre huerfanita.

El duque no contestó. Claudina apretaba con sus manos el puño de su sombrilla. Hizo esfuerzos para no dejar ver su turbación. ¿Sospechaba el duque quién era el que ella amaba?... Bien a pesar suyo se ruborizó y he ahí que por segunda vez la mirada del duque se fijó en ella.

—Es una jovencita adulada y mimada —dijo la duquesa refiriéndose al probable suceso al cual se había hecho alusión.— ¡Quiera Dios que ella pueda dar y recibir la felicidad! Dicho sea entre nosotros, querida Claudina, creo que ella corresponde a la inclinación de Gerold y que la princesa Tecla acogerá favorablemente ese proyecto.

—También lo creo así —replicó Claudina, que se calló al punto, asustada del bronco acento de su propia voz. Sentía frío hasta en la médula, y notábase cada vez

más abrumada por el peso de aquella tribulación, superior a sus fuerzas.

Sus Altezas se instalaron en Maisonneuve; la princesa Elena hizo unas cuantas caricias a su sobrinita que la señora de Berg le había presentado envuelta en un traje blanco cubierto de encajes, y luego, inmediatamente, procedió a hacer una exploración en la casa. Subió y bajó todas las escaleras, abrió todas las puertas, examinó todas las habitaciones, y preguntó cuál era el departamento de su cuñado. Penetró en él e inspeccionó aquella elegante instalación, admirando los trofeos de caza, las panoplias, los cuadros de mérito, los muebles antiguos y los tapices de Persia: bajó luego al jardín, volvió a la casa y se detuvo de pronto ante una puerta en la que leyó aquella extraña inscripción: **Queda prohibida la entrada al público.** Leer aquello y sentirse agujoneada por el deseo de saber lo que había allí dentro todo fue uno: cogió el tirador, le dió vuelta, e inclinó curiosamente hacia adentro su cabecita morena. ¡Qué armonioso estaba aquel salón en su elegante severidad! Los últimos rayos del sol ponían de relieve las esculturas del antiguo mobiliario... Y, ¡cosa sorprendente!, allá en el fondo, veíase sentado un hombre delgado, de aspecto aristocrático, que leía con atención: su fino perfil se destacaba vigorosamente del fondo verde oscuro de los árboles plantados cerca de la ventana. Absorto completamente en la lectura del volumen, encuadernado a la antigua, que tenía en sus manos, no se percató del examen de que era objeto.

La princesita cerró con suavidad la puerta y se lanzó por la ancha escalera que conducía al piso superior; entró como un ciclón en la estancia ocupada por la señora de Berg, y se dejó caer en un sillón, descoyuntándose de risa al ver el semblante asustado con que tropezó su mirada: la señora de Berg escribía, y aquella brusca invasión de su domicilio pareció producirle más contrariedad que satisfacción.

—¿Qué es lo que usted nos ha contado en sus cartas? —preguntó la princesita arrellenándose en el sillón y colocando los

pies sobre un cojín.— No se cansaba usted de informar a mamá que todo era aquí vulgar y mezquino; que se vivía aburridamente una vida lugareña, etc., etc. Es todo lo contrario de la verdad, mi querida Berg: yo lo encuentro aquí todo encantador, sí, encantador, y tengo la seguridad de que ni por un sólo instante sentiré el hastío que respiraban todas sus cartas. ¿Y qué era lo que usted nos decía de la hermana del barón. Es una persona muy original, a la cual le sienta muy bien su traje sencillo de seda gris, y en cuanto a la niña, lávela usted la cara enseguida con agua tibia para quitarle la densa capa de polvos de arroz que le ha puesto usted, sin duda para conmover a mamá: cuando se la haya usted quitado, tendrá mejor cara. Tal como está, se le parece a usted, cuando le conviene hacerse la débil y la interesante.

—¡Princesa! —exclamó la señora de Berg poniéndose encarnada bajo la gruesa capa de polvos que cubría su rostro.

—Tranquílcese usted —le dijo la princesita,— y siga mi consejo. Cuando fracasan ciertas moniobras, vale más renunciar a ellas y mudar las baterías. Usted tenía, al parecer, motivos de orden personal para describirnos esta residencia con los colores más negros: yo la hallo encantadora, y así se lo diré a mi cuñado.

—Vuestra Alteza le causará con ello una viva satisfacción: a él también le encanta apasionadamente esta comarca.

—¡Oh, querida señora! Ya tengo experiencia del arte consumado que usted tiene para hablar mucho sin decir nada; ya conozco su lenguaje que, sin serlo, parece insignificante. Si se citaran sus palabras, no tendrían ningún sentido. . . .; pero cuando se la ve a usted hablar, se comprende que se dedica a deslizarse en la inteligencia de su auditorio ciertas reticencias elocuentes en grado sumo. Obtener el provecho y no correr los peligros de la maledicencia, es el fin que usted persigue siempre y que consigue con frecuencia cuando su auditorio es inocente o está predispuesto a la murmuración. Pues bien, le declaro a usted que no le escucharé nada, a menos que no ten-

ga algo positivo que decir. . . Vamos, hable usted con claridad, si es usted capaz de ello; debe usted saber, ante todo, que no me ha de ser indiferente saber quién será la segunda madre de mi sobrina.

—¿Y para qué? —replicó la señora de Berg con acento compungido.— Es tan incrédula Vuestra Alteza, tan desconfiada, que no me habría de creer.

—Verdad que no; pero yo no desconfío de todo el mundo; harto sabe usted, sin embargo, con cuánta prudencia se camina en un lago en que una ha caído ya muchas veces.

—Pues bien: Vuestra Alteza juzgará por sí misma si le conviene o no le conviene dar fe a lo que le voy a decir: El. . .

—Eso no es verdad.

—¡Pero, princesa, aún no he empezado a hablar!

—No prosiga usted. . . eso no es verdad —exclamó la princesita en tono casi amenazador.— El no le ha prestado nunca atención a ella: él la ha esquivado siempre de una manera ostensible. . . ¡y quiere usted contarme cuentos que están en oposición con la evidencia!

—Bien: será como Vuestra Alteza quiere. Ella. . .

—Ella tiene otras miras muy distintas, lo sé —exclamó la princesa.— El duque. . .

—Aún no he dicho nada —replicó confusa la señora de Berg.— Si Vuestra Alteza está tan bien informada, ¿por qué me pregunta?

—Para justificar más aún mi opinión. Usted misma convendrá que eso es de la mayor evidencia. Hasta mamá está convencida de ello: no me ha dicho ni una palabra desde que ayer encontramos a esa persona en el coche que guiaba el duque, y su nariz está más acerada que nunca, señal evidente de tormenta, como usted sabe perfectamente.

—Pero la duquesa iba en el coche.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la princesita juntando las manos en ademán de conmiseración.— ¡Esa buena Elisa!. . . Esa buena Elisa está siempre reñida con la rea-

(Continuará)

La Incred

¿Estaba afiliado a u
Era probable.

Puesto que, después
sentaba los síntomas del
do.

Su mujer y su hija
inquietudes. Habían bus
para ver sino había ocul
insignias masónicas. Per
do nada.

Una tarde les dió
hablarles.

El consejo de famil
de la mesa del comedor

Tenía un aire impo

—Tengo que hacer
cación importante...

—¿Algo enojoso?—
intrigada.

—Para ustedes, sí;

Después de un r
continuó:

—He decidido que
terrado civilmente.

—¿Civilmente?

La esposa y la hija

La esposa replicó:

—¿No te has fija

—En el honor, qu
tengo en gran vergüen
los curas.

¿Qué te han hech

—Los detesto... c
rizaría en mi lecho de

Y dió un puñetaz

La niña replicó s

—Papá, ¡no haga

—Sí; lo digo yo.

—¡Por mí!

—¡Ni por tí ni
afirmar mis conviccio
to, todo ha acabado. C
sacerdote, sin religión
den?

Un silencio de n
bras, silencio que sólo
a turbar, pues las de

Luego repuso él:

La Incredulidad, fruto de la Pedantería

¿Estaba afiliado a una logia masanónica?
Era probable.

Puesto que, después de algunos años, presentaba los síntomas del anticlericalismo agudo.

Su mujer y su hija sentían las más vivas inquietudes. Habían buscado por todas partes para ver sino había ocultado su mandil y sus insignias masónicas. Pero no habían encontrado nada.

Una tarde les dió a entender que quería hablarles.

El consejo de familia se reunió alrededor de la mesa del comedor.

Tenía un aire imponente y terrible.

—Tengo que hacerles, dijo, una comunicación importante...

—¿Algo enojoso?—preguntó su esposa, ya intrigada.

—Para ustedes, sí; para mí, no.

Después de un momento de reflexión, continuó:

—He decidido que cuando muera sea enterrado civilmente.

—¿Civilmente?

La esposa y la hija se miraron aterradas.

La esposa replicó:

—¿No te has fijado en el deshonor?

—En el honor, querrás tú decir. Porque tengo en gran vergüenza el ser enterrado por los curas.

¿Qué te han hecho los curas?

—Los detesto... creo que aún me encolezaría en mi lecho de muerte...

Y dió un puñetazo sobre la mesa.

La niña replicó suplicante:

—Papá, ¡no hagas eso!

—Sí; lo digo yo.

—¡Por mí!

—¡Ni por tí ni por nadie! Tengo que afirmar mis convicciones. Cuando uno ha muerto, todo ha acabado. Quiero ir a la tumba sin sacerdote, sin religión, sin oraciones, ¿entienden?

Un silencio de muerte acogió estas palabras, silencio que sólo los sollozos se atrevían a turbar, pues las dos lloraban.

Luego repuso él:

—Aún no les he dicho todo.

—Si tienes otras noticias del mismo género, replicó la señora, puedes guardártelas.

—No; porque tengo que advertiros si caigo enfermo.

—Entonces ¿qué?

—No quiero ¿lo oyen?, no quiero que me traigan un cura.

—Con todo, protestó la niña, no te dejaremos morir como un perro.

El encogió los hombros.

—Lo que tú dices que es morir como un perro, en realidad es morir como un hombre libre!

—No veo cómo, dijo la esposa.

—¡Ah! ¡no lo ves! Voy a explicártelo: los curas son unos explotadores, gentes que penetran en las casas por su mayor lucro... ¡bajo el pretexto de salvar las almas! ¡Ah!, si veo una sotana negra en el rincón de mi cama, creería ver al diablo... Me haría morir... creo que encontraría suficiente fuerza para arrancarle los ojos... ¡No, no!; no vayáis a tratar de hacerme confesar.

Accionaba con coraje, los ojos se le querían salir de las órbitas y entremezclaba las palabras con blasfemias, imprecaciones, maldiciones...

Concluyó con esta amenaza:

—He tomado mis precauciones: si me traen un cura o me hacen enterrar por la Iglesia, les desheredo. Está señalado en mi testamento...

Lloraron... suplicaron... discutieron... nada se consiguió... Sonó la hora... y la contienda se suspendió para irse a acostar.

Los días y los meses pasaron grises y sombríos.

En esta casa, antes tan alegre, el dolor había penetrado... un dolor agudo que roía las almas y los cuerpos.

Poco a poco la niña se fue minando... se volvió pálida... había perdido el apetito... su bella sonrisa era como una flor que se deshoja...

El padre que la amaba, le preguntaba a menudo.

—¿Qué tienes, querida?

—Tú bien lo sabes, respondía ella.

La enfermedad se detuvo largas semanas luego la crisis vino súbitamente... fiebre intensa... abatimiento.

Se llamó al médico, que pronto acudió.

Después de haber examinado a la pobre niña, no dijo nada delante de ella, pero se retiró con los padres para hablar.

La niña comprendió que estaba desahuciada.

Cuando los padres volvieron a la alcoba, percibió a través de la sonrisa que trataban de esbozar que sus ojos habían llorado.

A la mañana siguiente, cuando el padre se aproximó al lecho para preguntarle cómo había amanecido, la enferma murmuró a su oído:

—¡Papá!

—¿Qué, hija mía?

—Tengo una cosa que pedirte.

—Pide, querida mía, te daré gusto...

Tú has dicho a menudo que no hay nada del otro lado... como siento que me muero, dime que estás seguro, pero completamente seguro de todo lo que afirmas con objeto de que pueda partir tranquila...

El padre volvió la cabeza...

—Y bien, ¡papá!, dijo la niña.

El padre nada respondió.

—Entonces, ¿me lo afirmas? repuso ella... ¿no hay Dios?... ¿no tengo nada que temer?...

El hombre reflexionaba... Su alma estaba en el potro sufriendo una horrorosa tortura... hubiera querido blasfemar como siempre... pero allí, delante del lecho de esa moribunda que era su hija querida... no podía más...

El buen sentido venció al odio... a la pasión.

Y como la niña insistía para saber, le respondió:

—No, hija mía, no estoy seguro... ¡del todo!... ¡del todo!... ¡haz venir un sacerdote, creo que sería lo más prudente!

Algunos días después un entierro penetraba en la iglesia...

Un hombre, cabizbajo seguía el cortejo... se arrodilló en la nave... y lloró...

No habló más del entierro civil ni de odio a la Religión.

Y se confesaba en el fondo de su corazón.

—Muy bonita la incredulidad... para cuando se está lejos de los misterios de la tumba!

X. X.

J. PIEDRA C.

Sastrería Americana

ES LA QUE CONFEC-
CIONA LOS MEJORES
TRAJES

75 varas al Oeste del Parque Morazán

**Exámenes Científicos
de la Vista**

**Lentes y Anteojos de
todos precios**

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Frente al Gran Hotel Costa Rica

LIBRE PENSAMIENTO

—¿Qué es libre pensamiento?

—Puro viento.

—¿Y qué canta con su lira?

—La mentira.

—Y ¿es la pasión su mentor?

—Sí, señor.

Pues al libre pensamiento

lo condena la razón,

por no tener corazón

y por formar su elemento

viento, mentira y pasión.

S. S. PIO X

Muy agradecido con el Santo Padre llamado el Papa abrió las puertas de los seis o siete años, mera Comunión, partes, al Niño Dios, es sagrada en la Santa

¡Qué bueno es los múltiples peligros almas puras, candidas lecerlos en las luchas les exhorta a recibir

Veinticinco años "Quan singulari Ch la Sagrada Congrega la cual el Papa de la minaba que los niños Comunión, cuando es, hacia los siete a también algo antes, gregación ha tenido que en todo el mundo comunión general de en la fiesta de la A Virgen María.

Atendiendo esta co de una feligresía

Magistral

LA IGLESIA HU

Y porque la Ig tinción de clase ni la Iglesia dice al ríes a mal, no soy cristo — porque hay hay que distinguir más poderosas, sino textual al Vicario d clase de los ricos se medios y necesita m

CATEQUESIS

S. S. PIO X Y LOS NIÑOS

Muy agradecidos deben vivir los niños con el Santo Padre Pío X, de feliz memoria, llamado el Papa de la Eucaristía, porque abrió las puertas del Sagrario a los niños, desde los seis o siete años para que hagan su Primera Comunión, para que reciban cuanto antes, al Niño Dios, escondido en la Hostia consagrada en la Santa Misa.

¡Qué bueno es el Papa!, sabe muy bien los múltiples peligros para los niños, para esas almas puras, cándidas, inocentes, y para fortalecerlos en las luchas de la vida, les permite y les exhorta a recibir a Jesús Eucaristía.

Veinticinco años han pasado del Decreto "Quan singulari Christus amore" emanado de la Sagrada Congregación de Sacramentos por la cual el Papa de la Eucaristía Pío X, determinaba que los niños debían hacer su Primera Comunión, cuando empiezan a razonar, esto es, hacia los siete años, ya algo después, ya también algo antes, y la misma Sagrada Congregación ha tenido la feliz idea de determinar que en todo el mundo católico se prepare una comunión general de todos los niños católicos, en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María.

Atendiendo esta laudable idea, el Párroco de una feligresía vecina a San José, invitó

a los niños de siete a quince años para recibir en la festividad de la Asunción, a Jesús Eucaristía, al mejor amigo de los niños.

No fue arar en el mar la exhortación, pues más de ciento cincuenta niños, en la Misa rezada de las seis se presentaron para fortalecerse con el Pan de los Angeles.

Un niño de sexto grado rezó en voz alta las oraciones preparatorias, y después de la Santa Comunión las de acción de gracias.

Cantaron también muy alegres, aquella canción aprendida hace tres años de los Reverendos Padres Redentoristas:

Vamos niños, al Sagrario,
que Jesús llorando está;
pero en viendo tantos niños
muy contento se pondrá.

No llores, Jesús, no llores,
que nos vas a hacer llorar,
pues los niños de este pueblo
te queremos consolar.

Dios quiera recibir las ofrendas puras de estos niños y bendecirlos, como bendijo amorosamente a los niños de Tierra Santa.

Ben-Avid

19 Agosto 1935.

(De "Hoja Dominical", de San Rafael de Oreamuno.)

Magistral Conferencia del P. Laburú, S. I., sobre la Doctrina Social de la Iglesia

(Conclusión)

LA IGLESIA PROTECTORA DE HUMILDES

Y porque la Iglesia nunca ha hecho distinción de clase ni es distinción lo que hace, la Iglesia dice al rico católico que — no lo tomes a mal, no soy yo, es el Vicario de Jesucristo — porque hay antagonismo de clase, no hay que distinguir clases más bajas y clases más poderosas, sino que dice la Iglesia: — leo textual al Vicario de Jesucristo. — "Como la clase de los ricos se defiende por sus propios medios y necesita menos de la tutela pública,

y al miserable le hacen falta riquezas que esta protección le aseguren, éste debe estar peculiarmente defendido por el Estado y por la Iglesia".

Señores, la Iglesia, por eso, porque el que está debajo tiene menos medios de defensa, por eso sale la Iglesia en virtud de esa igualdad, no para proteger al de arriba sino para elevar al de abajo, porque si no le ayuda, él, por sus propias fuerzas, tiene dificultades para estar donde debe estar.

"Esta debe ser, ante todo — leo a Pío XI

—la mira de la Iglesia; éste debe ser el esfuerzo de todos los buenos ciudadanos”. Buenos ciudadanos, aquí está vuestra misión, señalada por el Vicario de Jesucristo: Tenéis que poner toda vuestra fuerza para quitar todo este antagonismo de clases; tenéis que poner toda vuestra fuerza para proteger al pobre que, dejado a sus fuerzas, no puede estar a donde debiera.

La Iglesia — resumo lo dicho hasta aquí — dice que tiene poder y que, oportuna e inoportunamente, lo tiene que urgir. Soy altavoz; estoy urgiendo. Dice la Iglesia: “Los males que el mundo padece — nadie puede decir que el mundo está en plena euforia, decir padecer males — y que vosotros estáis tocando, todos

estos males tienen una raíz: el apartamiento y el desquiciamiento de haber suprimido Dios. No hay posible sociedad sin fundamento, y la Iglesia dice que de esa separación de Dios ha nacido la codicia, el deseo de la riqueza; y los que la han obtenido no la quieren soltar y los que están debajo han creado antagonismos porque no la pueden obtener. Y en la lucha de estos dos antagonismos, dice la Iglesia: “hay que favorecer a los que están debajo, para que los que estén debajo puedan ocupar el nivel que les corresponda”. Eso es lo que se ha dicho hasta aquí. Pero es que hace más la Iglesia. La Iglesia, católicos, da soluciones necesarias para resolver el problema social.

Don Miguel Angel Espinach González

Dolorosamente impresionada esta nuestra sociedad con la inesperada muerte del apreciable y simpático joven don Miguel Angel Espinach quien era un magnífico empleado del Banco de Costa Rica.

Una imprudencia... la fatalidad tronchó la vida de este magnífico hijo que era la ilusión de sus padres, que quedan con el corazón destrozado de dolor.

Nos conmueve el pensar en la pena de su apreciable madre doña Margarita González de Espinach, una madre ama entra-

ñablemente a sus hijos y sufre intensamente cuando ve desaparecer para siempre al hijo querido que le costó tantos años de desvelos y a quien le prodigó todo su cariño. El dolor de las madres por la muerte de sus hijos no termina jamás, va con ellas a la tumba.

Presentamos nuestro sentido pésame a sus padres don Miguel Espinach, a doña Margarita y a su hermana, la señorita Odilie y a toda la apreciable familia por tan sensible pérdida.

Don Miguel González Soto

En su finca en Curridabat dejó de existir el apreciable caballero don Miguel González Soto, quien dedicó toda su vida a la agricultura. Persona muy querida y miembro de la apreciable familia González Soto de San José.

Para su virtuosa esposa doña Angeles de González, para sus hijos, nietos y para toda la distinguida familia enviamos nuestros sentimientos de profundo pesar por tan irreparable pérdida.

Doña María Cristina U. de Góngora

El 3 de setiembre falleció la apreciable señora doña María Cristina U. de Góngora, esposa de don Federico Góngora y madre de siete hijos, a quienes quería con el corazón de madre amorosa.

Para su esposo don Federico Góngora

H. y para todos sus hijos y demás familia y muy especialmente al Licenciado don Porfirio Góngora y su distinguida señora doña Rosita de Góngora e hijos y a la señorita América Góngora enviamos nuestro más sentido pésame por tan irreparable pérdida.

Tu patria es el tepasados.

Así como los in procuraban mantener sus antecesores, tú d bilidad de las institu la dignidad de la pa

No con discurs pública ni con artícu dico, manifiestes tu a obras que beneficien

Aprende en la suelo, sus inmensos c fuentes de prosperida preciosos, sus montai

Aprende en la L tria. Ella te mostrará ñas gloriosas de tus tos que ha padecido volvimiento político, vés de los tiempos; de tu raza.

Ama y cultiva gado tus antepasado pleno blasón que d limpio. En él está en los que, antes que tú patria.

Tu lengua gua tirpe, la parte comp árbol genealógico de debe dar mañana no

Para tu patria Realiza buenas obra patria sea mejor ca derosa, y más respe

Contribuye a eslabones sociales, p piritual y material,

Tú, como todo una gran responsab No permitas que su das, que la soberani

Defiende con t piritu, y con tu sa territorio; así defen

AMA A TU PATRIA

Tu patria es el solar glorioso de tus antepasados.

Así como los individuos de casta noble procuraban mantener limpios los blasones de sus antecesores, tú debes procurar la inviolabilidad de las instituciones, de la soberanía y la dignidad de la patria.

No con discursos huecos en la tribuna pública ni con artículos ampulosos en el periódico, manifiestes tu amor a la patria, sino con obras que beneficien a tus conciudadanos.

Aprende en la Geografía a amar a tu suelo, sus inmensos campos de cultivo que son fuentes de prosperidad, sus filones de metales preciosos, sus montañas fecundas.

Aprende en la Historia a amar a tu patria. Ella te mostrará en sus páginas las hazañas gloriosas de tus progenitores, los quebrantos que ha padecido para ser libre, su desenvolvimiento político, su evolución social a través de los tiempos; en una palabra: el alma de tu raza.

Ama y cultiva el idioma que te han legado tus antepasados, porque es también un pleno blasón que deberás mantener siempre limpio. En él está encerrado el pensamiento de los que, antes que tú, amaron y honraron a la patria.

Tu lengua guarda el abolengo de tu estirpe, la parte complementaria de tu casta, el árbol genealógico del cual eres una rama que debe dar mañana nobles frutos.

Para tu patria constituyes una esperanza. Realiza buenas obras y contribuirás a que tu patria sea mejor cada día, más libre, más poderosa, y más respetada.

Contribuye a hacer más fuertes a los eslabones sociales, para el progreso común, espiritual y material, individual y colectivo.

Tú, como todos tus conciudadanos, tienes una gran responsabilidad para con la patria. No permitas que sus instituciones sean alteradas, que la soberanía sea violada.

Defiende con todas las fuerzas de tu espíritu, y con tu sangre, la integridad de su territorio; así defenderá tu propia casa.

Venera el suelo en que naciste, ama la luz que vivificó por primera vez tu cuerpo, el cielo que por primera vez se reflejó en tus pupilas, la tierra generosa que te sustenta, la escuela donde balbuciste las primeras lecciones, la bandera que simboliza el alma de tu estirpe.

El escudo de tu patria es el tuyo. Cada uno de sus atributos constituye un emblema de tu propio orgullo, un blasón esclarecido de tu casa, y de los que en ella te sucedan.

Que ese emblema de la patria lo encuentren tus sucesores tan limpio, tan esclarecido y tan íntegro como tú lo recibiste de tus antepasados.

El pretérito y el futuro de la patria están en tí. Yérguete en sostén de su glorioso pretérito y contribuye a su glorioso porvenir!

Representas el presente de la patria, y debes cumplir tu misión de patriota, tal y como todos y cada uno de tus conciudadanos lo esperan.

Contribuye al embellecimiento de tu pueblo con el mismo esmero que pusiste en el embellecimiento de tu casa.

Si cumples con los deberes de patriota, tu nombre perdurará en el corazón de tus conciudadanos; y entonces habrás contribuido a darle un timbre más de orgullo a la historia de tu nación.

Antonio Ochoa Alcántara

CORTE Y COSTURA

Anunciamos a nuestros suscritores que comenzaremos de nuevo el Curso de Corte y Costura que tanto interés despertó entre las señoritas.

Lo habíamos suspendido porque son muy fuertes los gastos de nuestra revista y el número de suscritores no nos daba margen para hacerlo. Ahora, haciendo un gran sacrificio y por complacer a las que nos lo han solicitado lo comenzaremos de nuevo, esperando que cada interesada se preocupe por conseguirnos nuevas suscriptoras.

RECETAS DE COCINA

PATE DE CARNE DE RES

Se muele una libra de posta de res, habiéndola lavado antes; se le agregan cuatro anchoas sin espinas y cortadas en pedacitos, se condimenta con sal, pimienta, una raspadita de nuez mocada rallada, una cebolla y unos champiñones picados finamente, se le agregan dos huevos, una cucharada de mantequilla y una cucharadita de perejil picado, se mezcla todo muy bien y se pone esta preparación en un molde bien untado de manteca o mantequilla y se pone en baño de María en el horno caliente durante una hora y cuarto. Se saca del molde en un trasto y se sirve con una salsa de tomates.

COPAS A LA REINA

Se emplean copas de regular tamaño, se llenan hasta la mitad de pedacitos de naranjas sin la parte blanca, pedacitos de banano y de piña y fresas, un poquito de sirope de goma, unas gotitas de jugo de limón. Se bate un poco de natilla fresca hasta que esté bien

espumosa, se le pone un poquito de azúcar molido y se mezcla despacio. Se llenan las copas con esta natilla y encima se les pone para adornarlas unas fresas. Se ponen en la nevera mientras se sirvan.

PUDIN DE CIRUELAS

La víspera se dejan doce ciruelas en agua fría que las cubra. Al día siguiente se ponen a cocinar en la misma agua y un poquito de azúcar y se majan muy bien, quitándoles las semillas y se dejan enfriar. Se baten 4 claras a punto de nieve, se les agrega poco a poco una taza de azúcar y se continúa batiendo hasta que el azúcar esté deshecho; se le agrega una cucharadita de vainilla y las ciruelas y se mezcla muy despacio. Se unta un molde de mantequilla y se espolvorea con harina y se echa la preparación, se tapa con un papel untado de mantequilla y se mete en el horno en baño de María durante una hora. Se saca del horno, se deja enfriar, se saca del molde y se pone de un platón y se sirve frío. Hay personas que les gusta caliente.

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER, Dentista Americano
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X. Dentadura de Hecolite, material nuevo
que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

PENSION ALLEN

En esta Pensión atendida por su propietaria encontrará Ud. confort, comida sana y vida de familia.

Situada a 25 varas al Oeste de la Pulpería "La Viña" (Esquina Noroeste del Parque Morazán)

Servicio a domicilio - Teléfono 3814

Alicia de Allen

Consejo medicinal para los niños nerviosos

Se apagan con agua hirviendo tres cohillitos de naranja agria y una cucharadita de hojas de tilo, se deja hervir unos minutos, se cueclan, se azucaran y se dan a beber momentos antes de dormirse el niño.

Los baños fríos con sal en las mañanas los fortifican mucho.

—¿Y qué ha sido de la pobre Ramona?

—Está en la última miseria. Figúrate que el otro día tuvo que vender su dentadura postiza para poder comer.

—::—

—¿Te gustan más los pintores antiguos o los modernos?

—Los modernos... Porque con ninguno de los antiguos podría casarme.

JUNTO AL SAGRARIO

I

SEQUIA

En la triste aridez de su quebranto
Esteriliza el alma cuanto toca;
Quedó tan dura y pertinaz la roca,
Que ya no viene a humedecerla el llanto.

Gime el Amor en su retiro, en tanto
Que el corazón, llamando, se sofoca,
Y ni aún acude a refrescar mi boca
El manantial antiguo de mi canto.

Y ¡si al menos, Señor, a mi garganta
Nunca hubieran llegado tus raudales!
Pero ¿quién es el triste que ahora aguanta

El rumor de esos hondos manantiales,
Que como eco de ayer, hoy se levanta
Del hueco de mis altos peñascales?

II

DE VUELTA

Al umbral de tu puerta salvadora
Vuelvo al amor de la celeste llama,
Que el corazón arrepentido inflama
De tu perdón con la risueña aurora:

Abridme ya, que de abrazar ya es hora
Al que en su llanto su pesar derrama;

Ni huyó tan lejos quien, llorando, clama,
Ni olvidó tanto quien, tornando, llora.

Fue mayor mi maldad que tu castigo,
No dejaste, Señor, a mi enemigo
Que en mis despojos se cebase tanto,

Cuando a pesar de su rigor conmigo,
Aún me dejó las armas de este llanto
Para luchar por mi perdón contigo.

III

UNA VEZ MAS...

Una vez más rendido y macilento
Llego al umbral de tu amorosa tienda;
Bien sabes Tú que en la fatal contienda
Tantas derrotas como lides cuento:

Y aún mi enemigo esperará sediento.
Al revolver de la escabrosa senda;
Mientras me ciñes la piadosa venda,
Siquiera en Tí descansaré un momento.

Que así es la historia de la humana vida,
Llegar, como hoy, cuando la sangre mana,
Con los estragos de la lid perdida;

Mostrar los golpes que tu amor nos sana,
Y otra vez a buscar la nueva herida
Que Tú, el de siempre, curarás mañana.

Augurio Salgado, S. J.

LA VIDA

Es un sol que se oculta en el ocaso,
es un astro que deja de lucir,
es un viajero que detiene el paso
y se acuesta a morir.

Es una flor marchita, una ave muerta,
un árbol seco, un nido sin calor,
un hogar sin abrigo, un alma yerta,
sin fe, sin esperanza y sin amor.

Es una pena que devora impía

un corazón cansado de latir,
una vida que acaba, una luz fría
que se empieza a extinguir.

Es el placer, la gloria, la hermosura,
la dicha, la ilusión, la juventud,
los sueños de esperanzas y de ventura
pasados sobre un fúnebre ataúd.

P. Olmedo

Del fin y de los medios

Haber sido educado cristianamente y formado en el temor de Dios, es una gran ventaja para ser bueno; pero no basta: es necesario el esfuerzo personal en corresponder

a lo que piden de tí Dios y los que así te educaron.

Tu primer negocio ha de ser salvarte.

Patrones PICTORIAL REVIEW
EL PATRON MODERNO

*Con muchas ventajas y con
explicaciones en español*

Modelos de afamadas casas parisienses
Los Patrones "Pictorial Review"
los vende la

TIENDA DE "DON NARCISO"
(Frente a la Plaza de la Artillería)

Tienda de Chepe Esquivel

(Esquina opuesta al Mercado)

**Magníficos Paraguas y
Elegantes Sombrillas**

MAGNIFICAS CAPAS DE HULE para hombre
Inglesas y nicaragüenses

A precios sin competencia

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda «VICTORIA»
" de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»
" de Turrialba, Hacienda «ARAGON»
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

Apartado 493

Teléfono 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

Más de 25 años de trabajo

Más de 300 mil exámenes

ES SU MEJOR GARANTIA

Laboratorio Bacteriológico

Lic. don CARLOS VIQUEZ

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

ADELA Vda. de JIMENEZ e HIJOS

Construcciones, Cemento, Mosaicos,
Balaustres, Macetas,
Faroles de hierro forjado, Materiales de
Construcción, Piedra Quebrada.

FERRETERIA - TALLER MECÁNICO

Teléfono 2278

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

AHORRO

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.